

que son ríos caudalosos
y son águilas caudales.
Allanan los altos montes,
encumbran los altos valles,
taladran los cielos gruesos,
hacen camino en los mares;
pero para que se entienda
que aún hay quien pase adelante,
tengo de alabar lo malo:
bien hayan tan buenos males.
Para lo cual consideren
que todos los bienes grandes
que en el mundo han sucedido
fué su origen un desastre.
Crió á los ángeles Dios
y luego Luzbel, el ángel,
se quiso alzar á mayores
contra el hijo de Dios-Padre.
Derribáronle al infierno,
diéronle perpetua cárcel,
echáronle maldiciones
para que siempre penase.
De este mal nació un gran bien,
pues para que se enllenasen
aquellas sillas vacías
de aquella tercera parte,
hizo Dios el paraíso
y en él los primeros padres
llenos de gracia y justicia
recta, todos á su imagen.
Dióles leyes y preceptos,
fueron virreyes y alcaldes,
del ámbito de la tierra
y grandezas de los mares;
de manera que si Dios
les hizo bienes tan grandes,
este mal le ocasionó:
bien hayan tan buenos males.
Puestos en aqueste estado
les agradó *prima facies*
la manzana de aquel árbol
de los bienes y los males;
comieron della y cometen
crimen *lese majestatis*.
Perdieron gracia y justicia,
quedaron puestos en carnes
que resultó de este mal,
que el signo León entrase
en el signo de la Virgen,
que fuese cordero y Aries
que naciese entre nosotros,
que nos pedrique y nos hable,
que dé vista á tantos ciegos,
que á tantos muertos levante,
que se ponga en una cruz,
que nos dé su propia sangre,
que en el pan del Sacramento
se transforme y transustancie,
que resucite glorioso,
que se quede, aunque se parte,
que el santo espíritu venga,
que nos dé salud el Padre;
luego podremos decir
como Gregorio lo hace;
feliz culpa, mal dichoso,
bien hayan tan buenos males.
El medio por que los santos

gozan hoy de aquella imagen,
del Verbo eterno en el cielo
tantos bienes y tan grandes,
fué mal comer, mal dormir,
mal lecho, mal hospedaje,
mal calzado, mal vestido,
maltratar tan mal sus carnes,
grillos, cadenas, pealeras,
redes, cepos, bretes, cárcel,
sactas, palos, cuchillos,
aceite, hiel y vinagre,
y más que Pablo nos dice
que *Christum oportuit pati*,
para que entrase en su gloria
y la posesión tomase.
Quiere Dios permite, digo,
que Pedro niegue y le ultraje,
y Mateo sea logrero,
que el ladrón saltee y mate:
que Magdalena, viciosa,
hombres y galas arrastre,
y que la Samaritana
se envíe y abarragane;
luego podremos decir,
como Gregorio lo hace:
¡feliz culpa, mal dichoso,
bien hayan tan buenos males!
Veréis á un hombre en salud
vicioso, necio, arrogante,
olvidado de su Dios,
haciendo mil disparates;
pero luego que le viene
una calentura grande,
un mal agudo y terrible,
como es otro del que antes,
luego da al cielo clamores
á sus hijos muchos ayes,
perdona á sus enemigos,
da á los pobres ricos gajes;
alégranse sus amigos
sus criados y sus pajes,
también el convaleciente
que vió de la muerte el trance,
y dando gracias á Dios
procura luego enmendarse,
y da el mal por bien pasado:
bien hayan tan buenos males.
Quiere matar á José
sus once hermanos infames:
métenlo en una cisterna,
sácanlo luego al instante,
véndenle al ismaelita,
vese preso en una cárcel,
metido entre galeotes
sin que de él se acuerde nadie;
y cuando menos se catan
declara sueños reales,
quita al rey mil pesadumbres,
al reino muchos azares;
con Faraón priva luego,
virrey de Egipto le hace,
y, para mayor grandeza,
sale en un carro triunfante,
con el mismo rey al lado
ruando plazas y calles.
Llena de trigo las trojes,
remedia siete años de hambre,

llamáronle salvador
las provincias y ciudades.
Vienen por trigo los otros,
llénanles bien los costales,
adórnanle arrepentidos,
ríe en viéndole su padre;
y si bien se consideran
estos bienes innegables,
del primer mal procedieron:
bien hayan tan buenos males.
Murmurarán el necio
y dirá: «Ninguno hace
lo que toca á su papel,
todos dicen disparates:
¡qué mal acento y acción!,
¡qué mal vestido y mal talle!,
¡qué mal sale y á mal tiempo!
¡Oh, qué mal representante!
¡por Dios, que no hay quien lo sufra!
¡Mal haya quien lo escuchare!»
¡Esta es comedia, esta es loa?,
parece que es ultraje.
Y así, respondiéndole á esto
por todos y por mi parte,
digo que damos licencia,
que murmuréis hoy, que os cabe
que digáis mal de nosotros,
porque como no se hace
sino por Dios solamente,
no nos dañará el que hablare,
que antes si alguno dijese
mal de los representantes,
nos hará Dios mayor bien:
bien hayan tan buenos males.

151

XXXIII.—Loa famosa en alabanza
del trabajo.¹

Por ver cuán aborrecido
es de todos el trabajo,
hoy en su alabanza quiero
ocuparme aquí este rato.
Ya veo que los ociosos
con ceño me están mirando,
mis intentos maldiciendo
y mis hechos condenando.
Mas viendo que en cuantas loas
han salido á este teatro,
con el trabajo adquiridas
no han hablado del trabajo;
yo, en fin, como agradecido,
hoy vengo determinado
que de sus grandes provechos,
por mí salgan á lo claro;
y porque el tema propuesto
quede más autorizado,
quiero primero probarle
con sentencias de mil sabios.
Primeramente Virgilio,
en los Eneidos nombrados,

¹ Quinta parte de *Comedias de diferentes autores*. Barcelona, 1616.

dice que el trabajo vence
los infortunios contrarios.
En sus líricos sermones
dice el satírico Horacio,
que para el trabajo el hombre
fué en este mundo criado.
Eurípides dice que es
padre de fama; y Menandro
que es mejor estar enfermo
que estar por el ocio sano.
Demócates dice así:
«Los trabajos voluntarios
son causa que los forzosos
no se muestren adversarios.»
Preguntándole á Armonco
quién tan bien le había enseñado
las filosóficas letras,
dijo: «La industria y trabajo.»
El antiguo Salomón,
el *plus ultra* de los sabios,
nos dice que de la hormiga
á trabajar aprendamos.
Cristo, nuestro Redentor,
según dice Mateo santo,
á las vírgenes ociosas
dejó burladas y en blanco.
«Venid á mí, dice él mismo,
laborosos y cargados,
que yo mismo os daré alivio»:
tan precioso es el trabajo
Por él fué sabio Platón,
y Aristóteles fue sabio;
él, Atimantes y Apeles,
hizo pintores nombrados;
él hizo á Hipócrates médico,
é historiador á Plutarco,
á Arquímedes ingenioso,
poeta á Ovidio y Menandro;
él dió á Hércules renombre,
la riqueza á Crespo y Dario;
él imperio á Julio César
y todo el mundo á Alejandro.
El al mundo tiene en peso,
y, quitándole el trabajo,
todas las cosas del orbe
tendrán brevemente cabo:
caeránse los edificios,
será el suelo triste caos,
verán las artes su fin,
serán desiertos los campos;
no habrá leyes ni justicias
contrataciones y tratos,
y tendrán fin las virtudes:
tan precioso es el trabajo.
Los signos y los planetas,
los elementos contrarios,
todos sin cesar trabajan
desde que fueron criados.
Siempre el sol va dando vueltas,
la luna no pára un paso
y los celestes planetas
no los veréis en un cabo.
Jamás el viento está quedo
y siempre el fuego está obrando;
los ríos continuo corren
nuevos raudales buscando;
la tierra siempre produce

árboles pequeños y altos,
animales, flores, peñas,
metales ricos y bajos.
Detenidos se corrompen
el agua y el aire vano;
la plata y oro no lucen
si no los labra el trabajo;
el hierro, cobre y alquimia,
si no se ven con cuidado,
se cubren de toscos hollín:
tan precioso es el trabajo.
El trabajo nos da fuerzas,
quita los humores malos,
la salud y hacienda aumentan,
quita pensamientos vanos.
El trabajo hace á los hombres
suelos, recios, avisados;
él nos viste y nos sustenta,
nos da casas y palacios,
da naves con que navegan,
hace caminos y atajos,
danos armas que aseguren
nuestra vida, y saca á salvo.
Á las estériles tierras
hace dar frutos tempranos;
riega las secas riberas,
humilla los montes altos,
funda inexpugnables torres,
levanta triunfales arcos,
trueca el raudal á los ríos,
seca las fuentes y lagos,
aviva nuestras potencias,
amansa animales bravos
y las faltas de natura
suele enmendar el trabajo.
Conquista famosos reinos,
ensalza humildes estados,
causando famas eternas:
tan precioso es el trabajo.
¿Quién si no el trabajo ilustre,
señoras las de los gargos,
las componen los copetes,
las hace los verdugados,
las enseña á hacer las mudas
para quitarse los paños,
las acicala los rostros,
las repulga los tocados?
¿Quién estira sus gorgueras,
quién cristalina sus manos,
quién enriza sus cabellos,
quién pone sus dientes blancos,
quién pega en sus puños puntas,
quién cairela sus zapatos,
quién matiza sus chapines
y quién les teje sus mantos?;
¿quién les labra gargantillas
y quién sus zarcillos varios?;
¿quién hace sus alfileres,
quién ensarta sus rosarios,
quién enreda sus cadenas,
quién les esmalta sus *agnus*,
y quién, para sus melindres,
les ofrece yeso ó barro?;
¿quién adorna sus retretes,
quién entapiza sus cuartos
sino el trabajo dichoso?;
tan precioso es el trabajo.

En esto, por daros gusto,
ilustre y noble senado,
sin descansar un momento
como veis nos ocupamos.
Sólo por veros contentos
extrañas tierras pisamos,
estudiamos trazas nuevas,
componemos tonos varios,
fingimos guerras civiles,
hacemos fieros asaltos,
ordenamos varias cazas,
reinos ilustres fundamos.
Ya los trabajos de Ullises
al vivo os representamos,
ya la fundación de Troya,
ya las guerras de Cartago,
ya de Nerón las crueldades,
los ejércitos de Dario,
la castidad de Lucrecia,
las hazañas de Alejandro,
el vellocino de Colcos,
de Thesalia el Minotauro,
los hechizos de Medea
y las locuras de Orlando.
Para cada cosa de éstas
de noche nos desvelamos
sin sosegar ningún día
por ser el trabajo tanto;
y con ser así no quiero,
oyentes nobles, en pago,
más de un rato de silencio,
pues poco es guardarle un rato.
Hacedlo ya, si queréis
tener renombre de sabios,
siquiera porque no sea
en balde nuestro trabajo.

152

XXXIV.—Loa famosa.¹

Hala de echar mujer en hábito de labradora.

Perdióse en un monte un rey
andando á caza una tarde
con lo mejor de su gente,
duques, príncipes y grandes.
El sol, hasta medió día,
abrasó con rayos tales,
que el mundo á Faetón, su hijo,
temió, otra vez arrogante;
pero revolviendo el tiempo
y levantándose el aire,
se cubrió el cielo de nieblas
y amenazó tempestades.
Huyó á la choza el pastor,
á la venta el caminante
y amainaron los pilotos
todo el lienzo de las naves.
Díjole al rey un montero,
que al pie de aquellos pinares
estaba una casería
en tal ocasión bastante.

¹ Quinta parte de *Comedias de diferentes autores*. Barcelona, 1616.

Bajaron por unas peñas
entre mirtos y arrayanes,
guiándoles el rumor
que remolinaba el aire.
Vieron que en un manso arroyo
se bañaban los umbrales
de un mal labrado cortijo
con unos olmos delante.
Apeóse el rey, y entrando,
primero que se sentase,
quiso ver el dueño y huésped,
y cómo en su casa honrarle.
Supo el labrador apenas
que las personas reales
ocupaban su aposento,
cuando en hielo se deshace.
Entró su pobre familia
á decirle que no aguarde,
pues le quiere ver el rey,
á que el mismo rey le hable.
Tiembla el labrador de nuevo,
mira el sayo miserable,
las abarcas y las pieles
y de vergüenza no sale.
El pobre cortijo mira
como vigüela sin trastes,
hecho de pajas el techo
sobre unos viejos pilares.
Llamó á su mujer, y dice:
«Mujer, á huéspedes tales,
si no es el alma, no tengo
casa ni mesa que darles.
Salid y decidle al rey
que no es mucho me acobarde
ver su persona real
en mis pajizos portales;
que coma en la voluntad,
que es mesa que á Dios aplice,
y duerma en el buen deseo,
que no tengo más que darle;
que, como vos sois mujer,
pues no hay cosa que no alcancen,
hallaréis gracia en sus ojos
y al fin podréis disculparme.»
Dicen que entró la mujer
muy temerosa á hablarle,
por la obligación que tienen
de cuánto el marido mande;
y el rey, muy agradecido
á su vergüenza notable,
cenó y durmió más contento
que entre holandas y cambráis.
Yo pienso, senado ilustre,
que es esto muy semejante
de lo que hoy pasa á Riquelme
con este humilde hospedaje.
En cada cual miro un rey,
un César, un Alejandro,
su pobre familia mira,
que es la que á serviros trae.
Si no salió el labrador
teniendo á su rey delante,
quien ve tantos, ¿qué ha de hacer
si no lo que véis que hace?
Mandóme como mujer
que saliese á disculpalle:
fué la obediencia forzosa,

aunque rústico el lenguaje.
No os ofrece grandes salas
llenas de pinturas graves,
de celebradas comedias
por autores arrogantes;
no os ofrece ricas mesas
llenas de gusto y donaire,
sino la voluntad humilde
que es la que con reyes vale.
Perdonad al labrador,
pues hoy en su casa entrastes,
porque me agradezca á mí
las mercedes que hoy alcance,
oidla, pobre familia,
ya los labradores salen,
mientras que vuelvo á la corte
besoos los pies, Dios os guarde.

153

XXXV.—Loa en alabanza de las mujeres feas.¹

Yendo á ver las luminarias
la otra noche de la reina
de Francia, que Dios nos guarde
para bien de España y della,
dando la vuelta á Madrid
contemplando la braveza,
la gala, la compostura
de su máquina soberbia,
quise sacar á mi dama
porque gozase la fiesta,
y caminando á su casa
la hallé muy triste y revuelta.
Viéndola, pues, de este modo
con tan notable tristeza,
le dije que me dijese
(si era servida) su pena.
Ella, con grandes suspiros
y con lamentables quejas,
al cabo de un cuarto de hora
me dijo de esta manera:
«¡Ay, señor Francisco de Ávila,²
estoy sin seso, estoy muerta
de ver que una amiga mía
con tan grande desvergüenza,
me dijese á mí en mi cara
que era negra y que era fea,
sabiendo que hay más de dos
que con mi rostro no llegan!»
En fin, yo, por consolarla
y dar descanso á su pena,
la propuse las virtudes
que tiene la mujer fea.
La fealdad en la mujer
es una muralla y cerca
por donde el vicio se aparta.

¹ Quinta parte de *Comedias de diferentes autores*. Barcelona, 1616.

² Como se ve, Francisco de Ávila parece ser el autor de esta y otras de las loas anteriores que con ella tienen gran semejanza, y autor también de los entremeses, ya copiados, de *Los hechos de Don Quijote y El Mortero*.

y la deshonra es incierta.
 No es ingrata, ni arrogante,
 ni está llena de soberbia,
 ni trae los hombres perdidos,
 ni á los mancebos altera.
 No se descubre en la calle
 porque la adoren y quieran,
 ni por adarmes nos habla
 de mil gravedades llena;
 no tiene enfados de niña,
 ni pesadumbres de vieja;
 de nada se aparta y huye,
 todos gusta que la vean
 sin aguardar á quien sean.
 No es la Cava para España,
 ni para Troya otra Elena,
 ni Dido para Cartago,
 ni para Roma, Lucrecia;
 no levantan disensiones,
 ni causa incendios de guerra;
 para que conozca el mundo
 como no es malo el ser fea.
 Es mayor en las mujeres
 el número desta cuenta,
 porque siempre en lo mayor
 ayuda naturaleza.
 No da celos al marido
 cuando se aparta ó se ausenta,
 ni teme de su valor,
 ni en su calidad sospecha.
 Es un mensajero libre
 que corre por donde quiera,
 freno que detiene al malo,
 razón que al lascivo templá.
 Es joya que, aunque la hallen
 para su dueño, la dejan;
 fruta de ajeno cercado
 que ninguno la desea:
 es torre que no la asaltan,
 castillo que no le cercan,
 ciudad que no la combaten
 y pozo que no le ciegan:
 es fácil regaladora;
 cuando la dejan se queja,
 adora cuando la quieren
 y cuando la buscan ruega;
 poco pide y mucho da,
 sin que el rostro á nadie vuelva,
 que en esto se ve y parece
 como no es malo ser fea.
 Es la fea agradecida
 de ver que el cielo le niega
 la codiciosa hermosura
 y la mudable belleza.
 No teme del cierzo airado
 si el color blanco la quema,
 si la enfermedad la muda
 y si la vejez la entierra.
 Es imagen soberana
 que, en viéndola luego, cesan
 de los incendios de amor
 las rigurosas centellas:
 es consuelo al afligido,
 pues le acompaña y consuela,
 al flaco y doliente, amparo,
 y al ignorante es maestra:
 es un gigante invencible

que nunca recibe ofensa,
 es un alguacil piadoso
 que en vez de prendernos, suelta.
 Y en quien siempre la virtud
 se detiene y se conserva,
 que es difícil de alcanzar
 lo que de muchos se precia.
 No la ofenden los paseos,
 las músicas y las fiestas:
 causa que señala y dice
 cómo no es malo el ser fea.
 La belleza es basilisco
 que mata cuantos encuentra;
 es víbora que sus hijos
 en vida al nacer la deja;
 es veneno de los ojos
 y del alma inútil senda,
 por donde el injusto amor
 lanza sus mortales flechas.
 Es á los padres tormento
 en guardarla y defenderla,
 á los hermanos rigor
 y al esposo centinela:
 es un fuego y llama ardiente
 que rompe, deshace y quema
 las excelentes virtudes
 que ante sus pies atropella.
 Por ésta se pierden vidas,
 por ésta reina se truecan,
 por ésta grandes se abajan,
 y bajos tienen altezas:
 por ésta Adán fué vencido
 y dió principio á la pena,
 y por ésta Salomón
 adoró deidad ajena:
 por ésta Daniel fué injusto
 y perdió Sansón la fuerza:
 y por estas causas hallo
 cómo no es malo ser fea.
 Por esta Sardanapalo
 enrizó doradas trenzas,
 y el bravo y robusto Alcides
 se ocupó en hilado y rueca;
 y por ésta Domiciano
 buscó modo de ser hembra,
 y Eliogábalo y Nerón
 obraron mil insolencias.
 Por ésta hay pleitos prolijos
 en las insignes audiencias,
 en los caminos trabajos,
 menoscabo en las haciendas;
 por ésta el discreto es necio,
 la vista mayor, más ciega,
 el esforzado sin brío,
 y el graduado sin letras;
 por ésta deja el soldado
 su escuadrón y su bandera
 y el capitán su conducta,
 cuanto vale y cuanto medra.
 Esta puede y ésta tuerce
 que voluntades se tuerzan,
 que sin justicias se hagan
 y que se consuman rentas.
 Al contrario, la fealdad
 nos libra desta cadena
 con majestad, señalando
 como no es malo ser fea.

Viendo, en efecto, mi dama
 las virtudes y excelencias,
 sin otras prerrogativas
 que tiene la mujer fea,
 se consoló en algún modo
 de la recibida pena
 y me agradeció el haber
 podido sacarle de ella.
 Por eso, feas famosas,
 no se corra quien lo sea,
 no os dé honra quien os culpa
 ni os goce quien no os merezca;
 feas sois, yo lo confieso,
 mas en tan alta corteza
 hay excelentes virtudes
 de discreción y clemencia.
 Las feas hinchen el mundo,
 las feas dan á la tierra
 damas para sustentalla,
 varones dignos de cuenta.
 De vuestra escuadra copiosa
 que tanto número llena
 conforme al común decir,
 se dirá: ¡Viva quien venza!
 Y á vosotras también pido
 que me estéis agora atentas,
 para que déis como sabias
 fama á nuestra comedia.
 Que en esto verá el senado,
 que este bien no se desprecia,
 por ocasión de haber visto
 cómo no es malo ser fea.

154

**XXXVI.—Loa de Don Carlos Boyl,
 para su Comedia del Marido
 Asigurado; donde se nombran
 todas las Damas de Valencia.**¹

Apenas, famosísimo senado,
 llegué de Barcelona aquí á Valencia,
 cuando salí con una amiga al lado
 por ver de Turia el prado y la excelencia.
 Mas viéndole de coches ocupado,
 gusté de no me dar mayor licencia
 de aquella que trafa, pues á solas
 del agua me iba á ver el curso y olas.
 Lleguéme hacia un remanso que cubría
 de un álamo la sombra regalada,
 cuyo tronco en el agua se reía,
 estando el agua dél enamorada.
 Allí (por descansar mi fantasía)
 me puse á repasar una jornada
 de una comedia que por mí compuso
 un amante novel, galán al uso.
 El regalado puesto delectoso
 infundió en mi cansado pensamiento
 el sueño, que entra blando y amoroso
 por puertas de marfil á su aposento.
 Soñaba que en el templo milagroso

¹ En el *Norte de la Poesía Española*. Valencia, 1616.
 Con la comedia *El marido asegurado*.

de la Hermosura entraba alegre, atento,
 donde las damas de Valencia, bellas,
 vi ser del mundo sol, del sol estrellas.
 La primera entre todas vi á doña Ana
 de Casalduc y Arión, preciosa joya;
 también de Villanova á doña Juana,
 en quien la basis de beldad se apoya.
 Teodora Guardiola, soberana
 más que la griega que lamenta Troya,
 con la divina Borja, doña Eugenia,
 en beldad y en valor otra Ifigenia.
 En la bella Chometa vi cabellos
 que, porque fueran mi prisión, muriera,
 si verlos mereciera, y si con ellos
 ver enlazado alguno mereciera.
 Y por llegar á ver sus ojos bellos
 ser eterno quisiera, y bien lo fuera
 si viviera hasta ver su hermosa cara,
 que su vista después me eternizara.
 También vi á doña Antonia, y su apellido
 que era Calatayud, cuyos despojos
 pondrán á las de todos en olvido,
 causando invidias y creciendo enojos.
 Han de tener el mundo de rendido,
 sujeto á sus privados bellos ojos,
 y si no les sujeta con mirarles,
 bien podrá con sus brazos sujetarles.
 Bien pudo ser castísima Diana,
 Artemisa, Lucrecia y Sofronisa,
 Elena por sus gracias soberana,
 Porcia por brasas, por su espada Elisa.
 Mas la virtud y honestidad que ufana
 á Lucrecia, á Diana y Artemisa
 por sus costumbres, que la fama hereda,
 tan sólo en choma (como en Fénix) queda.
 Doña Isabel Boyl, haciendo guerra,
 veo que ha de ilustrar á los Boyles,
 pues su hermosura y talle en esta tierra
 mayor efeto hará que mil Abriles.
 Á doña Paula miro de Valterra,
 que, si llegara en tiempo de gentiles,
 los que mirar su rostro merecieran
 por Diana ó por Venus la tuvieran.
 La deidad de las Artés, doña María,
 amor al vivo por la suya saca;
 Francisca de Angresola la luz cría
 que fué contra su vista la triaca.
 Doña Vicenta Dijar dar podría
 antídoto al dolor que no me aplaca.
 Doña Ana de Boyl también señala
 lo que á todas en todo la iguala.
 Doña Angela Escrivá y su bella hermana
 y la de Castelví, su hermosa prima,
 como cosa divina más que humana,
 el cielo las pondrá en celeste estima.
 Tanto podrá su vista soberana,
 que el morirme sin vella me lastima;
 pues antes de morirme tengo aviso
 de que harán una casa Paraíso.
 En este alegre tiempo que contemplo
 miré á Francisca Ros, que es peregrina,
 y siendo de las otras luz y ejemplo
 á doña Eugenia Montoliú, divina.
 Una merece por hermosa templo,
 esotra como estrella predomina
 en los pechos más libres, pues por bellas
 los entristece y los alegra el vellas.

Doña Victoria Mercader no dudo que se la dé con ojos y cabellos á ese niño gigante y dios desnudo las veces que querrá valerse dellos. Ha de poder lo que ninguna pudo doña Gracia de Rojas con sus bellos ojos, y este milagro no te asombre, porque en todo tendrá lo que en el nombre. Doña Angela Beltrán, por ser hermosa, hará dichosa la enemiga suerte, y dará con su vista milagrosa vida á los muertos y á los vivos muerte. Podrá, con discreción maravillosa, rendir al sabio y sujetar al fuerte, y aunque promete paz, causará guerra otra bella doña Angela Valterra. De la Muñoz doña María invidio, el coral y las perlas de su boca, con las flechas de amor contraste y lidio, si doña Sebastiana Espuig las toca. Doña Ana de Duart quita el fastidio á que el amor con ansias me provoca, y la Salat, doña María, alegra al claro día y á la noche negra. Doña Ana de Belbis al mundo espanta por linda, por hermosa y por discreta; también doña Jerónima le encanta dando á los Castelvís honra perfeta. En dos hermanas Sans, beldad vi tanta que adoralla el deseo me sujeta; la una doña Jerónima se nombra, doña Francisca la otra que me asombra. Doña María Vique al sol divino vi que daba la luz que yo deseo; doña Francisca Sanchiz imagino que en parangón alcanza este trofeo. Doña Isabel Muñoz, á quien me inclino, es de toda la gala el sabio arreo; y es doña Madalena hermosa, tanto, que á los Castros da honor, al mundo espanto. Doña Isabel de Híjar, clara estrella, rayo del sol que al sol ha escurecido. Doña Raphela Rocafull, más bella que aquella por quien tuvo fama Abido. La gracia más que humana que amor cela la deidad y el valor esclarecido en la Boyd, doña Vicenta, miro, de el de Manifes luz, del sol Saphiro. Contemplo en la Pallás, doña Mariana, de Pallás el valor y la hermosura. Doña Teodora Artés es más que humana, pues della el sol recibe su luz pura. Doña Isabel Soler vi que á Diana excede en la beldad y en la cordura, y puede la Boyd, doña Lucrecia, dar gloria al que de ser suyo se precia. De doña Ana Ferrer las alabanzas con letras de oro grabaré en diamantes. Doña Francisca Lloris esperanzas me ha dado de lo mismo muy bastantes. María de Pertusa estas balanzas iguala, siendo el fiel de sus semblantes. Doña Raphela Duart ha de ser dina del arte de la loa más divina. Doña Clara Colón, por más que alterque, del mismo Paraíso es un traslado, á cuya gran deidad es bien que acerque

doña Laura Vidal, su sol dorado. Margarita Valero es bien que merque la libre sujeción de un pecho honrado, pues puede con la plata y con el oro que en su cabello y frente siempre adoro. Otra dama que miro milagrosa de Valeriola ha sido doña Paula, por quien (si no me mira rigurosa) otro amante he de ser como el de Gaula. Doña Luisa de Tolsán, dichosa en la red de su amor, también me enjaula, que puede de sus ojos con la liga hacer que tierno sus rigores siga. Del sol divino miro la luz bella en los hermosos ojos celestiales de Menandra, que ha sido aquella estrella que tanto bien me ha dado en tantos males. Doña María de Boyd con ella contemplo que de diosa da señales, porque en donaire, brío, talle y gala la que más se lo cuida no la iguala. Doña Luisa miro Casanova de bello aspecto y de gallarda hechura. Doña Mencía Castel, que roba cuantas almas adoran su hermosura. Doña Ana Roca, que á mi amor invoca los ritos que estimar tuvo á ventura, con la Belvis, doña María, ingrata, en quien el cielo su beldad retrata. La Crespín y Cruillas soberana (doña Esperanza digo) miro agora, á cuyo lado está doña Luciana, que á Figuerola el nombre y ser mejora. Doña Francisca entre otras vi que ufana de las Borjas sus deudas era aurora, y á doña Dorotea, á quien fortuna de Híjares hacía sol y luna. Júpiter y Mercurio eternamente influyen discreción, grandeza y gusto; Piscis hermoso, corazón ardiente, y el sol riqueza sin peligro ó susto. Mas lo que influyen á la humana gente estos y otros planetas, todo al justo lo influye Margarita, que ha tenido de la casa de Ayerve el apellido. Entre la gloria que de amor se cría miro tres damas que merecen solas por su talle, donaire y gallardía, lo que juntas las damas españolas. Mayores alabanzas dar querría á las divinas bellas Figuerolas, pues son las tres que exceden á Diana: Hipólita, Raphela y Mariana. Dos Margaritas, como el cielo hermosas, darán (si crecen) á Valencia fama: la Boyd, escogida entre las diosas, y la Belvis, de amor ardiente llama. Dos Luisas también vi milagrosas: la Pons y la Jofré (divina trama), porque de dos en dos corren al templo de la inmortal belleza que contemplo. Doña María Fenollet, compuesta del resplandor del sol y de la luna; la gran Eugenia Adell, que ha sido de ésta un ser, un movimiento, una fortuna. Doña Isabel Muñoz, ligera y presta, promete no igualársele ninguna,

aunque doña Jerónima promete lo mismo como altiva Fenollete. Vi en medio de estas damas una diosa más linda que del sol los rubios rayos: coronaban su frente milagrosa más flores que dará un millón de Mayos. A la una y otra mano, bella hermosa, la vi dos viejos prodigiosos ayos; el uno, con mil lenguas en la boca; el otro, sin ninguna ó casi poca. Al que estaba sin lenguas regalaba esta dama divina con ternuras; de aquel que las tenía se apartaba, cansada de escucharle sus locuras. Las otras damas, viéndola que estaba suspensa en descartar estas figuras, como malillas del amor dichosas llegaron á valerla rigurosas. Cuál con palabras buenas, cuál con malas, del viejo de las lenguas le libraron; dejáronla contenta con las alas del ejemplo que entonces la dejaron. El viejo parlador huyó á otras salas donde con más blandura le trataron, y al otro que sin lengua á ella se vino le hicieron de su lado y templo dino. Una de aquellas damas que en entrando con más cuidado en mí puso los ojos, me dijo: «Amiga, valga aquí á su bando; no imagine que aquesto ha sido antojos; que la dama divina á quien gritando el viejo parlador causaba enojos, es su amiga querida la Comedia, la que al vulgo entretiene y le remedia.» El viejo parlador, sin duda alguna, es la murmuración, cuyo sonido, al bueno y al honrado le importuna, y alegre y entretiene al mal nacido. Aquel que se quedó, y desde la cuna un candado á sus labios lleva asido, es de las damas ayo, es el silencio, á quien cual Dios adoro y reverencio. Dijo, y al punto desperté admirada, haciendo de mi sueño una quimera. Gran senado, por vos soy respetada; la enigma es más que oscura verdadera. Con gente tan discreta y tan limada, silencio pido yo de esta manera, pena de que en desgracia habréis caído de las damas que amáis y habéis oído.

155

XXXVII.—Prólogo ó loa.¹

Matilde, condesa hermosa del condado de Lunago, por una grave dolencia de que estuvo muy al cabo, hizo voto de que iría pelegrina á Santiago. El conde no lo estorbó,

¹ En el *Novis de la Poesía Española*, 1616. Es la que corresponde á la comedia titulada *El mercader amante*.

mas de acompañarla ha holgado. Parten á su romería sin criada ni criado, que hay más mérito creyendo habiendo mayor trabajo. No llevan dineros, no, ni menos letras de cambio; holgando de hacerse pobres se sustentan mendigando. Pasaron trabajos grandes por ser el camino largo, y los delicados pies estar poco ejercitados. Y sin esto la condesa nueva carga ya llevando, preñada de siete meses estaba cuando ha llegado á la casa deseada, templo del Apóstol Santo, habiendo desde su tierra un año hasta allí tardado. El gozo que recibieron no es posible ser contado, el cual hizo que olvidasen los trabajos que han pasado. Adoran el santo cuerpo con razón reverenciado por el universo mundo donde quiera que hay cristianos, y de muchos peregrinos, de muy lejos, visitado. Tomaron conocimiento aquí con un ermitaño, que también por devoción visitaba el cuerpo santo. Éste á entrambos confesó, porque era también letrado. Entendido de cuán lejos habían allí aportado y que eran personas tales, afición les ha cobrado. Llegó á tanto la amistad, que, habiéndoles convidado que fuesen á ver su ermita, fácilmente lo ha acabado. En un monte muy fragoso, y muy lejos de poblado, al medio de la subida moraba este padre anciano. Por aquí persona viva no aportaba en muchos años. Conejos por él cruzaban, liebres, corzos y venados, y muchas maneras de aves andaban también volando. Era muy de ver la ermita, que en parte la ha fabricado maestra naturaleza, que una cueva allí ha labrado la industria del religioso; de otra parte la ha adornado con una capilla hermosa, fabricada por su mano. Cerca está una clara fuente, que hace, á poco trecho, un lago pequeño, en el cual había abundancia de pescado,

cosa de entretenimiento,
no ordenada para el pasto,
porque apenas come dél
seis veces ó diez al año;
de legumbres y hortalizas
se mantiene de ordinario.
Coge trigo para sí,
y él mismo lo muele á mano;
tiene un horno donde cuece
el pan ó lo que ha amasado.
Con esta comodidad
la tuvo de hacer regalo
á los huéspedes, que estaban
allí muy regocijados.
Pero como en esta vida
se nos da el contento aguado,
y luego tras el placer
el pesar está aguardando,
sucedió que á la condesa,
sin pensar, le vino el parto
en montaña tan desierta,
en lugar tan solitario,
con dos hombres solamente,
sin otro ningún reparo.
Fué el parto tan peligroso,
que, á tener lo necesario,
fuera mucho que escapara
la triste en tan fuerte trago.
Expiró entre los dolores
de continuo á Dios llamando,
y á la Virgen, su abogada,
y al apóstol Santiago.
El marido, casi muerto,
quedó en tierra desmayado;
y el niño, que casi estaba
en el vientre atravesado,
moviéndose por sí mismo,
que parece fué milagro,
sacó la cabeza fuera,
de que, asiendo el ermitaño,
libre le sacó del vientre;
y habiéndole acomodado,
saltó luego de la ermita,
y della á muy pocos pasos
vió dos cervaticos tiernos,
entre breñas retozando,
que en una pequeña cueva
se entraron, donde él, llegado
con la cierva que los cría,
á la ermita vuelta ha dado,
que siguió muy fácilmente
por haberla ya vezado
á tomar de allí ración
y sustento de ordinario.
Ésta dió la teta al niño,
ésta le ha después criado;
el conde, después que hubieron
la defunta sepultado,
con lágrimas en los ojos
volvió para Santiago,
donde adoleció y murió
en breve, muy lastimado.
Crió el ermitaño al niño
como á un hijo muy amado,
pareciéndole que Dios
por tal se lo había dado,
instruyéndole en lo que vía

convenible á buen cristiano.
Crióse muy obediente,
á ratos con él orando,
á sus horas divirtiendo,
y al trabajo le ayudando.
Quince años allí estuvieron
sin que viesen hombre humano
cuando el ermitaño un día
acordó de ir á poblado.
Llevóse consigo al mozo,
y del yermo le ha sacado.
A León, ciudad antigua,
por sus pasos han llegado.
Iba el mozo embebecido,
hacia acá y allá mirando,
y de todo lo que vía
al buen viejo preguntando.
Preguntóle: «¿Qué es aquello
más grande que los venados?»
El viejo le respondió:
«Hijo, mulas y caballos.»
«¿Y aquellos que nos parecen
en las caras, cuerpo y brazos?»
«Hombres, hijo, cual nosotros,
nuestros prójimos y hermanos.»
Vió unas damas muy hermosas
y compuestas por el cabo;
luego preguntó lo que eran.
Dijo el viejo: «Son diablos;
Dios nos libre, por quien es,
de caer entre sus manos.»
Paróse algo triste el mozo,
en el rostro lo mostrando;
pero en fin de la ciudad
á la ermita vuelta dando,
andaba muy pensativo,
confuso, entre sí callando.
El viejo, cuando le vió
ir tan mustio imaginando,
le dijo: «¿Qué es tu pasión?
¿Hijo, de qué estás turbado?
Dime en todo cuanto has visto
lo que más te ha contentado.»
Respondió con un suspiro:
«Los diablos que he mirado;
desde el punto que los vi
me han el corazón robado;
no me da otra cosa gusto;
siempre en ellos voy pensando.»
Yo pienso también que me oye
quien dice: «Desos diablos,
esta noche, por mi cuerpo,
vengan dos, ó tres ó cuatro.»
Yo, que no soy tan valiente,
con uno terné sobrado,
con tal que escoger me dejen
de los que me están mirando.
Con que quiera me contento;
no soy nada delicado;
no pido sino eso poco;
con eso estaré pagado.
Después trataremos dello;
déjenos agora un rato
á mí y á los miradores;
no me los diviertan tanto.
También hay que ver aquí:
no estén siempre allá mirando.

156

XXXVIII.—Loa contando un extraño suceso.¹

La diversidad de asuntos
que en las loas han tomado
para pedirnos silencio
nuestros Terencios y Plautos,
ya contando alguna hazaña
de César ó de Alejandro,
ya refiriendo novelas
del Ferrarés ó el Boccacio,
ya celebrando virtudes,
ya delitos condenando,
si allí de envidia materia,
aquí de mancilla campo,
ya alabando los colores,
ya las letras alabando,
confieso que me han tenido
confuso y perplejo un rato
sin tener dónde alargar
con el ingenio la mano:
tanto puede el llegar tarde
adonde han llegado tantos.
Con todo me resolví,
viendo que el fin á que salgo
es sólo de entreteneros
por aqueste breve espacio,
de referiros un cuento;
que esto del martirizaros
con el silencio, señores,
téngolo por cuento largo.
Si acierta á ser la comedia
buena, yo sé que el aplauso
por espacio de dos horas
tendrá el silencio en sus brazos.
Si fuere mala, que fuerza
de palabras ó de encanto;
de tanto ofendido pecho
alcaide, pondrá en los labios.
De forma que no en vosotros
está, sino en nuestra mano,
ó en la del poeta, hacer
que cada cual sea un mármol.
Va, pues, de cuento. En Efesia,
según que Petronio Arbitro
refiere, y aun Tiraquelo
en las leyes de casados,
hubo una matrona á quien
estatuas y simulacros
consagró la plebe, en fe
que era tipo, ejemplo raro
de honestidad inculpable
al torpe apetito incasto
de la mujer más impura
siendo freno su recato.
Sólo de su amado esposo
sujetaba en dulces ratos
el cuello y el albedrío
con amores y con lazos.
¿Qué digo lazos? Con nudos,
y tales, que á ser llegaron

¹ Del Norte de la Poesía Española, 1616. Con la comedia *La burladora burlada*.

ciegos en la duración,
y en la fe conyugal, claros.
Pero la muerte, envidiosa,
de un golpe dejó cortados
en agraz della los gustos,
y dél los gustos y años.
Muerto el marido, ¿quién puede
contar en sucinto espacio
ya la pena, ya el dolor,
ya la congoja, ya el llanto?
¿Quién la amenaza cruel
del presente desamparo,
y quién el asombro horrible
de viduales trabajos?
Pagábanlo sus cabellos,
rostro y ojos lo pagaron,
siendo ejecutores fieros
de esta sentencia, sus manos.
Llegó el punto del entierro,
que ella salió acompañando,
haciendo á su cuerpo hermoso,
alma vil de un tosco saco.
Ceniza cubre las hebras
que otro tiempo fueron rayos
del sol de su rostro bello,
ya por sangriento eclipsado.
Llegaron á un campo donde
está el sepulcro triunfando
(aunque con seno espantoso)
del amigable regazo.
Depositadle y deponen
todos el exterior llanto:
sólo la triste viuda
le prosigue más amargo.
Persuádenla prudentes,
convéncenla escarmentados,
amenázanla medrosos,
cánsanse y cánsanla en vano;
pues la solución á todo
es soltar de nuevo al llanto
la rienda, si es que la tiene
dolor tan desenfrenado.
Desistieron de la empresa
viendo que en el pecho casto,
en vez de apacible alivio
causaban mayor estrago.
Vuélvense, y ella, resuelta
de seguir su esposo caro,
como en ardientes suspiros
en el triste fin temprano,
con el favor de una sierva,
partícipe en sus trabajos,
de juncias y ramas secas
forma una choza ó reparo.
Allí llegó de su pena
el extremo á extremo tanto,
que, por rendirse á la muerte,
se robó á un sustento escaso.
Sin comer pasó tres días
su fiel sierva, renegando
de amor que así las conduce
de la vida al postrer paso.
No lejos de allí el rigor
de un juez puso en dos palos,
dos reos que no tuvieron
tan buenos pies como manos;
y por guardas de sus cuerpos

dos pobretos, condenados
(en caso que bien no guarden
los muertos) al mismo lazo.
El uno dellos descubre
una noche, desvelado,
la luz que en la choza estaba
sirviendo de norte claro.
Allá acude, y sepultadas
dueña y moza, está mirando,
la una en profundo sueño
y la otra en penas y llantos.
Al rumor del nuevo huésped,
no sin repentino pasmo,
recuerdan despavoridas,
y él les pregunta admirado:
«¿Quién pudo, bellas señoras,
engastar con torpe mano
dos diamantes tan lucidos
en un engaste tan basto?
¿Quién del cielo trasladó
á nuestra tierra dos astros
tan superiores á todos
que al sol le prestan sus rayos?
¿Y qué nubes de congojas
se animan (ánimo flaco)
á amortiguar de esa luz
el resplandor soberano?»
La criada le atajó,
y refirió en breve espacio
la causa de estar las dos
de su triste vida al cabo.
El las consuela y convida
con razones y regalos
que le advirtió el sabio amor,
y prestó su pobre rancho.
La sierva rindió primero,
y los dos dan tal asalto
al fuerte hasta allí invencible
que al fin le aportillaron.
En suma, ya por el suelo
yace el valor más gallardo
que admiró la antigüedad
y celebró culta mano.
Rindióse, que era mujer,
y á merced de un mercenario
que á morir infamemente
se arriesga por precio bajo.
Fué tal de los dos amantes
el recíproco descanso,
que cada cual de su muerto
por el vivo se ha olvidado.
Sucedió, pues, que una noche
del vil suplicio robaron
el delincuente que estaba
del nuevo amante á su cargo.
Vióse reo de la pena,
vióse ya en el cuello el lazo;
y así en los tres se renueva
los sollozos y los llantos.
Mas como de la mujer
el ingenio es pronto y claro,
con un remedio serena
del nuevo asombro el nublado.
Y fué que en lugar del triste
que de la cruz descolgaron,
pongan al muerto marido
tan querido y tan llorado.

De manera que no sólo
con pecho bárbaro incasto
ofendió los muertos huesos
que están justicia clamando;
pero en el lugar infame
deposita el cuerpo infausto
del que lo fué, porque fué
con ella misma casado.
Quédese aquí, reinas mías;
y si es que las enojaron
mis versos, yo les prometo
que en este mismo teatro
diga mañana un suceso,
y tal, que hasta el más ingrato
les rinda parias, les dé
mil coronas y mil lauros.

157

XXXIX.—Loa.¹

(Anónima.)

Sale una famosa armada
del alegre y dulce puerto
tirando á la despedida
mil culebrinas y versos.
Navega un alegre día
con próspero y feliz tiempo,
ayudada de las aguas
y ayudada de los vientos.
Llega la noche enemiga
tendiendo su manto negro,
volviendo del mar en sombras
los hermosos azulejos.
Los callados vientos braman,
enójase y grita el cielo,
arrojando por sus ojos
mil relámpagos de fuego.
Las naves juntas se esparcen
temerosas del estruendo.
Unas hasta el cielo suben,
y otras bajan al infierno.
Viéndose en tan gran peligro,
procurando el grave miedo,
confusos y alborotados
dan gritos los marineros:
«¿Que me anego!
¿Echa lanchas apriesa!
¿Arroja hierro!
¿Piedad, supremo Dios!
¿Favor, Santelmo!»
Escapóse el gran Troyano
de aquel repentino incendio,
que fué en la soberbia Troya
puesto por manos de griegos.
Sale ofendiendo las olas,
y ofendiendo el mar soberbio.
Convierte ligeras naves
en que navegan contentos.
Pero como están las aguas
en su soberano imperio,
y tienen de sus districtos

¹ En el Norte de la Poesía Española, 1610. Es la que corresponde á la comedia titulada *La fuerza del interés*.

el mando tridente y cetro,
comiézase á embravecer
y á rajar sus altos cerros,
levantando sus escamas
hasta la región del fuego.
Aquí representa Bóreas
su ferocísimo aspecto,
y el embravecido rostro
allí le enseña muy fiero.
Rompe elevadas naves;
ocupa el agua sus senos.
Unos se escapan nadando,
y otros dicen medio muertos:
«¿Que me anego!
¿Echa lanchas apriesa!
¿Arroja hierro!
¿Piedad, supremo Dios!
¿Favor, Santelmo!»
Pone Jerjes á las aguas
dorados grillos de hierro,
desde las del Lesto claras
á las turbias del Cebero.
También sacude su piedad,¹
aunque se vale en su centro,
que es donde más le verán
los huídos elementos.
Pero descuidóse Jerjes,
y ellas, con furor inmenso,
quieren del pesado yugo
sacudir sus libres cuellos.
Como ven que les importa
salir de su cautiverio,
de las naves despedazan
sus escuadrones espesos.
Quieren volver sobre sí
y hallan su poder deshecho,
medio anegadas las naves
y el de las olas cubierto.
Ve los soldados turbados;
ve los pilotos suspensos;
y así dice á voces altas
viéndose en tan gran aprieto:
«¿Que me anego!
¿Echa lanchas apriesa!
¿Arroja hierro!
¿Piedad, supremo Dios!
¿Favor, Santelmo!»
Codicioso el gran Colón
de conquistar muchos reinos,
frecuentados de elefantes
y habitados de camellos,
navegó mil anchos golfos,
buscó mil mares entre ellos,
rompió mil inciertos sirtes
y mil alides inciertos.
Pasaron muchos estíos,
pasaron muchos inviernos,
que del puerto no alcanzaron
el sabroso refrigerio.
Hasta que una tarde sorda,
que el mar guardaba silencio,
del nuevo reino Galiages
las riberas descubrieron.
Pero estándolos mirando,

¹ Así en el original.

quiso embravecerse Alesto,
y un Bragán se levantó
peleando con un Zéfiro
que dió temor á las naves
y á los soldados dió miedo.
Unos, llorando, callaban,
y otros gritaban, diciendo:
«¿Que me anego!
¿Echa lanchas apriesa!
¿Arroja hierro!
¿Piedad, supremo Dios!
¿Favor, Santelmo!»
Yo, pues, con la chica nave
de mi corto entendimiento,
salgo imitando al Troyano,
y luego imitando al griego:
Á Jerjes con poder grande,
á Colón con el pequeño;
do por el mar de dar gustos
entre naufragios navego.
A Caino, el franco monte
de los deseados reinos,
mostrándose el mar en calma,
manso, apacible y quieto,
hallóme en aqueste golfo
y en tantos buenos ingenios,
casi á pique de anegarme
entre las olas del miedo.
Que importa decir á gritos
(si no quiero verme muerto
entre el callar de los sabios
y entre el hablar de los necios):
¿Que me anego!
¿Echa lanchas apriesa!
¿Arroja hierro!
¿Piedad, supremo Dios!
¿Favor, Santelmo!

158

XL.—Loa para el primer día que representó la Compañía de Porras en Valencia.¹

Salen ISABEL y MARIANA, cada una por su puerta.

ISABEL.

Noble ciudad, de Europa lauro y gloria.

MARIANA.

Ciudad noble, de Europa gloria y lauro,

ISABEL.

Celebrada del Indo, Moro y Belga.

MARIANA.

Del Indo, Moro y Belga celebrada.

ISABEL.

En cuanto el sol con rubias trenzas mira.

MARIANA.

En cuanto mira el sol con trenzas rubias.

¹ Del Norte de la Poesía española, 1616. Con la comedia *La Bélijera española*.

ISABEL.
Desde la blanca aurora al negro ocaso.

MARIANA.
Desde el ocaso negro al alba bella.

ISABEL.
Sin segundo sujeto de la Fama.

MARIANA.
De la Fama sujeto sin segundo.

ISABEL.
Invidia de naciones extranjeras.

MARIANA.
De extranjeras naciones fiero invidia.

ISABEL.
¿Qué voz confusa en mis oídos suena?

MARIANA.
¿Qué acento se remata en mis oídos?

ISABEL.
¿Quién ha rompido el hilo de mi historia?

MARIANA.
¿Quién mi largo discurso ha interrumpido?

ISABEL.
¿No resuenan los ecos entre peñas?

MARIANA.
¿La soledad no es centro de los ecos?

ISABEL.
Pues ¿cómo en este Cónclave ó Teatro los ecos de mi voz repetir oyo?

MARIANA.
Pues ¿cómo en este insigne coliseo de mi voz el acento han repetido?

ISABEL.
¿Mariana no es ésta? Ella es sin duda.

MARIANA.
Aquella es Isabel, si no me engaño.

ISABEL.
¿Mariana?

MARIANA.
¿Isabel? Pues ¿á qué efeto tan presto á cantar sale y sin guitarra, si aun bien no he dicho un verso de la loa?

ISABEL.
El querella decir me sacó fuera, que salir á cantar sin instrumento no sé yo quién de mí lo sospechara.

MARIANA.
¿De loa es hoy, á fe?

ISABEL.
Pues ¿es milagro?; ¿ó la primera vez que á pedir salga merced á quien hacella es blasón suyo?

MARIANA.
En competencia mía bien es cierto que es la primera vez.

ISABEL.
En competencia ó sin ella diré las alabanzas (si pueden reducirse á breve suma) desta ciudad, milagro de los cielos.

MARIANA.
Luego ese intento ¿es norte de su nave?

ISABEL.
Puerto dirá mejor.

MARIANA.
No, sino escollo, pues nadie salió bien de tal empresa.

ISABEL.
Yo en el valor tan cierto cuanto noble destos hidalgos pechos considero (si confusas borrascas me contrastan) un Santelmo piadoso; y de su prólogo, ¿cuál era el fin? Principio de la audacia con que pretende preferirse á todos.

MARIANA.
El mismo era también, porque el Santelmo en quien fundada su esperanza tiene en el mar de alabanzas desta tierra, no hay extraño bajel que no le halle; que es muy clemente el cielo deste clima, y la inconstante playa no lo es tanto si entra el bajel las velas amainadas y con humilde intento se recoge en el seno abrigado de su pecho.

ISABEL.
Supuesta esa verdad, á mí me toca el echar hoy la loa, pues he sido la primera en salir.

MARIANA.
En la salida no digo yo primera; sin segunda me ha parecido á mí. Si hallé el teatro tan solo como un páramo, desierto, ¿cómo ganarme por la mano piensa?

ISABEL.
Lo que digo es verdad.

MARIANA.
Verdad publico.

ISABEL.
Casi me enojo ya.

MARIANA.
Pues yo sin casi; del todo me he enojado. Va de loa: —Dejan las hojas sus maternos brazos.

ISABEL.
—El que ilustra con rayos de luz pura.

MARIANA.
¿Todavía?

ISABEL.
Qué, ¿aún da en esa flaqueza?

MARIANA.
Déjelo por mi amor.

ISABEL.
Eso le ruego,

MARIANA.
Pues habrá de dejarlo.

ISABEL.
¡Bravos bríos!

Sale SALVADOR con una guitarra en la mano.

SALVADOR.
Deste instrumento al son el tierno oído con tono bajo regalando estaba, cuando confusas, disonantes voces, así mi gusto mal lograr pudieron, que colérico salgo á ver quién puede... Señoras, ¿á qué fin el puesto ocupan, debido al que el silencio pedir suele?

MARIANA.
A mí el deseo de pagar en algo lo que á esta ciudad debo, me ha traído á este lugar.

ISABEL.
Pues yo también pretendo dar muestras que Valencia no me tiene menos agradecida que obligada; que ya pedir silencio es excusado á un Senado tan noble y tan discreto.

MARIANA.
Sus alabanzas cantaré.

ISABEL.
Yo en himnos llenos de gozo, de contento llenos, diré sus maravillas y excelencias.

SALVADOR.
Pues recojan la rienda al curso ó raptó con que Apolo por medio de Caliope favorece sus ánimos altivos, que á mí como á hijo suyo me compete el publicar con voz sonora y dulce sus alabanzas, dignas que la Fama reporte á las naciones más remotas.

ISABEL.
Valencia es común patria, y así todas de madre el grato nombre le aplicamos.

MARIANA.
Por tal la tengo, que su seno afable con nombre me recoge de hija tierna.

SALVADOR.
Si eso es así, ya á todos tres nos corre obligación precisa de ofrecelle al suntuoso altar de su alabanza, á vueltas de los tiernos corazones, en regalado son cánticos dulces.

ISABEL.
Dice muy bien.

MARIANA.
Su voto es acertado.

ISABEL.
Grande empresa emprendemos.

MARIANA.
Grande ha sido nuestro más que arrojado atrevimiento.

SALVADOR.
Pues socorramos con industria y arte cual pláticos pintores nuestra mengua. Suele el diestro pintor, cuando la tabla blanco de su pintura y de su intento breve lugar le ofrece, espacio corto, y ha de pintar en ella un mar soberbio, una grande ciudad, un monte altivo, cuya cumbre reduce á la memoria de los soberbios hijos de la tierra el despeñado intento temerario, valerse de los lejos, reduciendo á proporción pequeña grandes cosas. Allí indistintamente y en confuso forma un todo, de suerte, que á la vista engañada de lejos, persuade á creer que es aquella Roma ó Nápoles. Así los tres, siguiendo estas pisadas deste teatro, en la pequeña tabla de lejos pintaremos las grandezas desta insigne ciudad, de España gloria, con tanta brevedad, tan de corrida, que sólo de ocasión servilles pueda á los dichosos hijos de esta patria para ver más copiosa y largamente en la crónica ilustre deste Reino las maravillas de su antigua Roma.

ISABEL.
Pues ya que el breve tiempo nos oprime y el fin dudoso desta empresa grande no diga cual más que una octava; que al fin el que más teme más alaba.

MARIANA.
La que adorna sus sienas victoriosas en la mitad del erizado invierno con cándidos jazmines y con rosas que salen reventando el botón tierno. La que goza en sus vegas deleitosas de un florido vergel y abril eterno, y es del cielo de España clara estrella, es la noble Valencia, ciudad bella.

ISABEL.
La que la vista agrada y enamora del que el cielo inmortal mide y pasea, donde el despojo de la Ninfa Flora tanto en sus campos fértiles campea, que vence los matices de la aurora y los campos Elíseos y de Hiblea; la que es de amor reciproco centella, es la noble Valencia, ciudad bella.

SALVADOR.
La que anida oropéndulas calandrias en jardines curiosos y sutiles, y ellas, cual en su centro salamandrias,